

MANUEL CURROS ENRÍQUEZ

BOLETIN

DE LA

ACADEMIA GALLEGA

Año XXIX | *Coruña, 11 Agosto de 1934* | Núm. 254

* * *

La solemnidad que han revestido el acto inaugural del monumento al insigne poeta Manuel Curros Enríquez, entusiasta iniciador y propulsor de esta Academia, y el subsiguiente homenaje ofrendado por nuestra Corporación a Su Excelencia el Presidente de la República Sr. Alcalá Zamora, inclinó a la Junta de Gobierno a editar el presente número, especialmente consagrado a recoger el reflejo fiel de aquellas inolvidables ceremonias.

Con este motivo, la Junta de Gobierno, en representación de la Academia, se complace en reiterar su respetuoso saludo al ilustre Jefe del Estado que, al venir a Galicia para presidir la inauguración del monumento al gran poeta, quiso dar testimonio claro del aprecio en que tiene a nuestro país, de su estimación por nuestras glorias literarias; y, aceptando el nombramiento de Académico de Honor que a sus merecimientos hubimos de brindar, ha revelado su alta consideración por las tareas de la Academia y por las finalidades que con su labor persigue.

LÍNEAS DE EVOCACIÓN

ANTE EL NUEVO HOMENAJE AL AUTOR DE «AIRES DA MIÑA TERRA» Y «O DIVINO SAINETE»

Manuel Curros Enríquez, cuyo es el monumento obra de Asorey que hoy se inaugura en La Coruña y que en su mayor parte fué costeado con aportaciones económicas de los conterráneos residentes en América, nació en la villa de Celanova el 14 de Septiembre de 1851, falleciendo en la Habana el 7 de Marzo de 1908. Sus restos mortales enviados a Galicia por el Centro Gallego de la capital de la Gran Antilla yacen en el cementerio coruñés.

Curros Enríquez es, sin duda, el más popular de los poetas gallegos. Pondal, el más intenso, el «raro», bien amado de la *élite*. Rosalía, popular también, el que, acaso por su dulce resignación femenina donde los gritos rebeldes truécanse en sollozos y por el perfume de las cántigas silvestres de que supo impregnar sus poemas, tal vez pida con preferencia a cualquier otro ser llevado a la música. Aludimos aquí, naturalmente, a los vates de nuestro primer renacimiento literario del ochocientos.

Y la popularidad de Curros —tan grande que puede decirse que murió en olor de multitud—, se debe a que ha pulsado magistralmente las dos cuerdas de la lira que de modo más grato llega a los oídos del pueblo para adentrarse en su corazón: la del costumbrismo puro que ahonda sus raíces en las aguas nutricias del subsuelo folk-lórico y la de los sones cívicos que tienen firme empalme en el amor a la libertad.

Como poeta civil ocupa el primer lugar entre los de Galicia, mereciendo que se le esculpa, tal que el Padre eterno de dicha categoría, en el Pórtico de la Gloria de nuestro Parnaso, donde tantos maestros del lirismo exaltan con sus instrumentos sonoros la gracia eviterna de los cancioneros. Pero esta pristinidad que nadie le disputa en nuestra tierra, tampoco puede disputársele en toda la amplitud ibérica, puesto que, a excepción de Guerra Junqueiro, su hermano espiritual, ningún portugués ni español le ha superado hasta la fecha.

No desconocemos que esta clase de poetas sufrieron serio eclipse en los gustos contemporáneos de las gentes cultas por interferencia

del parnasianismo, del modernismo y del futurismo, entre su obra y la sensibilidad de aquéllas. Pero la gran guerra, removiendo los cimientos de la civilización europea con el bárbaro relampagueo de las armas fratricidas, pudo alumbrar los oscuros refugios donde el humanitarismo lloraba la tragedia de su fracaso, arrepentido de haber hecho concesiones a modas decadentes. Entonces la lírica deshumanizada volvió a humanizarse. La aurora roja de Rusia y el alba negra de Italia ungiendo al arte nuevo con los óleos del proselitismo ideológico, para convertirlo en evangelista de una obra de redención, han devuelto en parte a los poetas civiles que llevan en la frente la estrella del romanticismo el prestigio pretérito. Y así Curros, cuyo valor como hombre representativo de una época ya resulta considerable porque a través de sus versos se refleja fielmente el ambiente que ha vivido, como cantor de un pueblo esclavo que todavía no disfrutó ningún provecho de la democracia, cuando la democracia ya chochea igual que el pobre viejo de su *Nouturnio,* más pobre que el sapo que le escucha, vuelve a adquirir prestigio de poeta gallego «para hoy» y aun de poeta español también.

Para la mirada arqueológica, que cuanto más se cosmopolitice el mundo más avidez tendrá de columbrar panoramas autóctonos, los cuadros costumbristas de Curros siempre han de ser un recreo armónico de originalidad. Leyendas, supersticiones y modos de bucolismo ingenuo viven en ellos que nada ni nadie recusará y que, caso de una monótona uniformización futura del mundo, seguramente alcanzarían el mérito y el encanto de las tablas de los primitivos. Porque el contraste que ofrecen con los poemas del maquinismo que ahora desplazan a los de los temas geórgicos de los tiempos clásicos y románticos, les dará nuevo valor en todo caso. *A Virxe do Cristal, O Gueiteiro, Unha boda en Einibó, Tangaraños, O Ciprianillo,* etc., son joyas de nuestra lírica.

* * *

Curros Enríquez vuelve a mostrársenos como poeta civil para hoy; poeta civil de Galicia y de España, pero de Galicia sobre todo.

De ideología republicana, tuvo para el absolutismo que ahogó en sangre los derechos del pueblo las diatribas más viriles. La generosidad de su estro liberal, encendido en santas rebeldías humanitarias, mereció como premio la persecución sañuda del reaccionarismo ultramontano. Y a esta aureola de mártir que le brindaron sus enemigos le debe en gran parte la popularidad de que goza.

Las triadas de *O Divino Sainete,* carcajadas de dolor que disimulan el llanto, son trallazos de un alma honrada, animadora de un cuerpo casto como el del elefante —así gustó de definirse él, recordando a Don Quijote— que besan la virtud y flagelan el vicio.

Mirand'ó chau, A Igrexa fría, No convento, Sobre unha foxa y *Crebar as liras,* poemas donde el humorismo sirve de cendal a la sátira que a veces muestra trozos de absoluta desnudez, resultan, desgraciadamente, tan a tono con la actualidad española, que leídas por el pueblo despiertan aún entusiasmos cálidos.

Pero, ¿es que la cuerda torva de su lira ya suena a viejo en los oídos de los gallegos de hoy? ¡Ah, no! La bestia del laudemio sigue asomando su chata cabeza a través de las marañas curialescas. Las gentes de «nuestro trabajo», labradores y marineros, que forman el censo mayoritario de Galicia, continúan siendo esclavas del fisco, siervas del cacique, juguetes del juez rural, engranajes del foro, víctimas de los caprichos del clima, trágicas siluetas de insolidaridad doblegadas sobre el surco del minifundio. Todavía ellos no hallaron otro consuelo para sus quejas, hermanas del sollozo melancólico de la carreta aldeana, que el aullido leal del «can de palleiro» y la carta familiar del emigrado que antes traía el suplemento del déficit campesino en forma de próvido giro y hoy no aporta más que un eco de la angustia del malestar del ausente para hacer mayor la angustia del pobre paria de nuestro agro, que se depaupera, fisiológica y moralmente, día tras día...

La poesía social de Curros (oraciones franciscanas con súbitas explosiones satánicas, al modo de las de Carducci, provocadas por la injusticia que pone el llanto de orballo del humanitarismo sobre ellas) puede rezarse hoy con igual fervor y con razón más grande todavía que en el instante de haberla escrito el poeta. Aun nuestra desventurada tierra no fué desentangarañada.

Todos tenemos que ver, pues, en el monumento a Curros, un símbolo de las aspiraciones gallegas y un emblema perenne del afecto con que las gentes de su raza estiman el esfuerzo humanitario y lírico del egregio vate que aun después de muerto ha de seguir ganando batallas.

INAUGURACIÓN DEL MONUMENTO A CURROS ENRÍQUEZ

LLEGADA DE S. E. EL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA

En la tarde del 10 del actual, y con el fin de inaugurar el monumento erigido al glorioso Curros Enríquez, llegó a esta capital S. E. el Presidente de la República D. Niceto Alcalá Zamora.

Salieron a recibirle, al Puente del Pasaje, numerosas representaciones y delegaciones diversas, entre otras las del Ayuntamiento de la Coruña, Diputación Provincial, Academia Gallega, Cámara de Comercio, Asociación General Patronal, Junta de Obras del Puerto, Cuerpo de Obras Públicas, Instituto de Segunda Enseñanza, Escuela de Altos Estudios Mercantiles; Escuelas Normal, de Artes y Oficios y Profesional del Trabajo; Delegación de Pesca, Delegación de Marina, Colegio Notarial, Asociación de Funcionarios municipales; la Magistratura, con los Jueces municipales; Delegación de Hacienda, Asociación de la Prensa, Sociedad Filarmónica, Reunión de Artesanos, Agrupación Atlética, Sporting-Club, Club Náutico, Liceo de Monelos, Casino de Clases, Banco Hispano-Americano, Asociaciones del Magisterio Oficiales de la provincia y del partido, Inspector de Primera Enseñanza, Administrador de Aduanas, Jefe de Telégrafos y representación del Centro, director del Banco de España, Banco de la Coruña, Liga para la defensa de los Derechos del Hombre, Casa de Andalucía, Casa Vasco Navarra, Casino Republicano, Juventud Republicana, Partido Galleguista, Irmandade da Fala, Partido Radical, Partido Radical Demócrata, Partido Radical Socialista, Partido Agrario Radical Gallego, Partido Republicano Conservador, Partido Progresista, Juventud Radical, Colegio Odontológico, Sociedad de Transportistas Libres, Cónsul de Portugal, Colegio Médico, director del Sanatorio de Oza, Oficial Mayor del Congreso de los Diputados, Academia de Medicina, Delegación de la Campsa, Alcaldes de Noya y

de la Puebla del Caramiñal, Comité de Fiestas; periódicos *La Voz de Galicia, El Ideal Gallego* y *Galicia Industrial y Comercial;* Colegio Pericial Mercantil, Cónsul de Suecia, Jefe técnico de los Servicios Económicos Municipales, Cónsules de Holanda y Cuba, representación de la Compañía Trasatlántica, ex diputado señor Cornide, director general de Seguridad, Comandante de las Fuerzas de Asalto, Consignatarios, personal de Aduanas, Cónsul de Alemania, Servicio Agronómico, Jefe e Ingenieros de la Granja Agrícola, Jefe de la Fábrica de Tabacos, Fábricas Coruñesas de Gas y Electricidad, Sociedad Aguas de la Coruña, Compañía de Tranvías, Comandante del «Jaime I», Asociación de Practicantes, Cónsules de Francia y Alemania, y Cámara de la Propiedad.

Acompañaban a S. E. los Ministros de Agricultura D. Cirilo del Río, y los de Instrucción Pública y Trabajo, señores Villalobos y Estadella; Secretario General de la Presidencia de la República, señor Sánchez Guerra; Jefe del Cuarto Militar, general Ruiz Trillo; Ayudante, señor Loma; Jefe del Gabinete de Prensa, señor Herrero; Ayudante Militar, señor Montandi, y el Comisario General de Vigilancia señor de Miguel. A continuación seguía la escolta de Su Excelencia.

Pasaron a saludar al Presidente, el Alcalde señor Suráez Ferrín (D. Alfredo) con los tenientes de Alcalde señores Taracido y González Moro, concejales señores Suárez Ferrín (D. Julio) y Berguer, y secretario del Ayuntamiento señor Martín Martínez; Director General de Seguridad señor Valdivia, Comandante del «Jaime I», Fiscal de la Audiencia señor Varela Radío, y el Presidente y Junta de gobierno de la Academia Gallega.

EL ACTO INAUGURAL

En la mañana de hoy, y en el salón central del paseo de Méndez Núñez, se efectuó la inauguración del citado monumento.

A las once hallábanse dicho paseo y los laterales invadidos de numeroso público.

A inmediaciones del monumento se había instalado una tribuna de honor, cubierta con paño rojo, en la que habían de tomar asiento Su Excelencia y las principales autoridades; en otra tribuna situada en frente, estaban los demás invitados.

Poco antes de las doce, llegaron los coros gallegos, cuya presencia fué saludada con una gran salva de aplausos. Eran los siguientes: Cántigas y Aturuxos y Froles y Silveiras, de Lugo; Toxos e Frores, de Ferrol; Follas Novas, Cántigas da Terra y El Eco, de la Coruña; Cántigas das Mariñas, de Ribadeo, y De Ruada, de Orense. Conducían una magnífica corona que llevaba esta dedicatoria: «Los Coros gallegos a Curros Enríquez».

También concurrieron las niñas y niños del Hospicio y del Asilo, con una bandera.

Poco después llegó Su Excelencia acompañado del Alcalde, Ayuntamiento en Corporación con el pendón de la ciudad y maceros, y Junta de gobierno de la Academia, haciendo el recorrido a pié, desde el Palacio Municipal, entre grandes aplausos y muestras de simpatía al pasar.

En el paseo central se hallaba una compañía de Infantería, con bandera y música, que al aparecer el Jefe del Estado hizo los honores debidos a su jerarquía. El Presidente pasó revista a la tropa, que se situó luego en la Marina.

Ocupó la tribuna el señor Alcalá Zamora, colocándose a su derecha el señor Lugrís Freire, Presidente de la Academia Gallega; ministro del Trabajo, señor Estadella; señorita Pilar Castillo; Secretario general de la Presidencia, señor Sánchez Guerra; generales La Cerda y Monje, y el Secretario de la Academia, señor Martínez Morás; y a su izquierda, el Alcalde señor Suárez Ferrín; ministro de Instrucción Pública, señor Villalobos; Presidente del

Consejo de Estado, señor Abad Conde; Gobernador civil, señor Nóvoa González, y diputado a Cortes, señor García Ramos.

Momentos después, el señor Alcalá Zamora descendió de la tribuna acompañado del señor Lugrís Freire, y ambos descorrieron la cortina que cubría el busto de Curros Enríquez. Sonó entonces una gran salva de aplausos en todo el Relleno y atronaron el espacio las bombas de palenque y los cañonazos del «Jaime I», surto en el puerto, al tiempo que todos los coros, rodeando el monumento y dirigidos por el director de Cántigas da Terra, señor Anta, entonaron el himno a Galicia, que la multitud escuchó respetuosamente, aplaudiendo emocionada al final.

Reintegrados a la tribuna Su Excelencia y el señor Lugrís, pronunció éste, visiblemente emocionado, el siguiente discurso, haciendo entrega del monumento a la ciudad:

DISCURSO DEL PRESIDENTE DE LA ACADEMIA GALLEGA

Honorable señor Presidente:
Señor Alcalde:
Señores:

¡Día solemne el de hoy! ¡Fiesta excepcional la que celebramos!... Me toca en ella a mí la honra de ser portavoz de un sublime sentimiento: del puro sentimiento patriótico de aquellos conterráneos de la Habana, de aquellos gallegos de Buenos Aires, de aquellos coruñeses de 1908 que anhelaron perdurase la memoria del gran poeta que entonces moría, y generosos reunieron los óbolos para que este monumento se fabricara.

Sabían ellos quizá que no podía desvanecerse fácilmente la gloria del poeta que había acertado a auscultar el alma del pueblo y a expresar en versos sonoros sus ansias latentes de libertad y de justicia; sabían, acaso, que el recuerdo del cantor de las bellas leyendas campesinas, de las virtudes intrínsecas de la raza, viviría por siempre, popularizado en alas de la música, en joyas líricas de magnífica fuerza emocional...

Pero la admiración hacia el primer poeta civil de Galicia, la

gratitud por su obra, la comunión de sus contemporáneos con su espíritu, y el ejemplo y muestra de estos sentimientos ante las generaciones de hoy y del porvenir, habían de plasmar, deberían de tomar cuerpo de vivificado granito en un monumento insigne que, como éste, ideado por el genio de Asorey, revelase la armónica y maravillosa concordancia del lenguaje de la piedra con el pensamiento del vate inmortal. En un monumento que representase lo que hay de dolor, mansamente soportado, de resignación secular y también de fe ingenua y constante esfuerzo creador, en el alma de nuestros labriegos. En un monumento en que el poder milagroso del estro poético de Curros, nimbado por la gloria, sojuzgase a los monstruos horrendos de la Intolerancia, la Opresión y la Injusticia; mientras la lira heroica del poeta, hincando en la roca virgen del suelo nativo, hiciese brotar el manantial de clara linfa de un vivir nuevo y digno...

Y he ahí, señor Alcalde, la obra genial, el simbólico monumento que la Academia Gallega, depositaria de la voluntad de aquellos hombres generosos que iniciaron la idea, os entrega en el solemne día de hoy, como legítimo representante, que sois, de la ciudad rectora de Galicia.

Con el mismo fervoroso afán con que habéis acudido a facilitar que el escultor diese remate feliz a su tarea, apremiada de tiempo y cortedad de recursos, cuidad, señor Alcalde, que, en adelante, sea esta memoria del poeta insigne como el altar inmaculado de la civilidad, en el que todos ofrendemos nuestros votos por la tierra gallega, para su gloria y para gloria de España; de España, personalizada en este instante ante nosotros en la augusta figura del Primer Magistrado de la nación, a quien devoto rindo el más cordial y reverente saludo. He dicho.

Extinguidos los fuertes aplausos que coronaron el discurso del señor Lugrís, el Alcalde, D. Alfredo Suárez Ferrín, pronunció el que a continuación insertamos:

DISCURSO DEL ALCALDE DE LA CORUÑA

Honorable señor Presidente:
Señores Alcaldes de Galicia:
Señor Presidente y señores de la Academia Gallega:
Señores:

Con emoción sincera y extraordinaria recibo de la docta Academia Gallega, en nombre del Ayuntamiento y del pueblo de La Coruña, el monumento levantado por el arte de Asorey a la gloria inmortal del poeta civil de Galicia Manuel Curros Enríquez.

Y acrecienta esta emoción a términos inefables y la depura y profundiza la presencia en este acto del honorable Presidente de la República, D. Niceto Alcalá Zamora. Porque si Curros Enríquez ha sido el vate que aunó en su lira, con las delicadas ternuras de «A Virxe do Cristal», los broncos apóstrofes de «A Igrexa fría» y la protesta acerba contra la opresión y la injusticia que palpitan en la melancolía del «Nouturnio»; porque si Curros Enríquez fué el poeta de la suma sensibilidad pero fué también, antes que nada, el poeta que interpretó con más justeza y más recia fibra nuestros anhelos raciales, en viriles acentos de ingente fuerza expresiva; porque si Curros Enríquez armonizó el madrigal con la diatriba y en sus divinas triadas besó reverente la virtud y flageló el vicio, la tiranía y la intolerancia con brazo de titán; si Curros Enríquez, en fin, encarna el sentir de un pueblo que clama libertad y justicia, la solemnidad que presta a este acto con su concurrencia el primer Magistrado de la nación, quiere decir, señores, en una exégesis nada atrevida, que dentro del nuevo régimen que España se ha dado a sí misma por imperio de su propia voluntad y que tiene su más alta representación en la egregia persona que nos honra con su asistencia, dentro de ese régimen, Galicia, nuestra Galicia, tiene abiertos todos los cauces legales y francos todos los horizontes para alcanzar la libertad y la justicia que pide, y que el primer Magistrado de ese régimen, que ha venido a nuestra tierra a auscultar sus sentimientos, a recoger



Monumento erigido en la Coruña en honor
de Curros Enriquez

sus aspiraciones y a enaltecernos enalteciendo la memoria de nuestro gran poeta, es, como suprema garantía de la ley, garantía suprema de que esos sentimientos y aspiraciones de Galicia se conviertan un día en realidad, para mayor gloria de España, cuyo decoro y grandeza ha de nutrirse e integrarse con el decoro y grandeza de las comarcas naturales que la forman.

Bien habéis dicho, señor Presidente de la Academia Gallega, al decir que en adelante debe ser este monumento el altar inmaculado de la civilidad, en el que ofrendemos nuestros votos a Galicia y a España. Estad seguro de que La Coruña, avanzada política y social de esta tierra, vanguardia de su civilización y antena sensible de su civismo; La Coruña, que guarda amorosa en su cementerio, brizado por las olas del Atlántico, los restos de esclarecidos varones gallegos, entre los que están también los del poeta Curros, custodiará con igual amor este monumento, pensando que si allá, cabe el mar, está guardado lo que es mortal despojo del vate, aquí, en esta granítica piedra está, por un milagro del arte, plasmado su espíritu, sintetizado su amor a la tierra —que por ella suspiraba desde la emigración— y simbolizada su rebeldía creadora que arrojó en el surco la simiente pronta a fructificar. Este será, desde hoy, el altar de nuestra ciudadanía... Decidlo así a esos gallegos emigrados, que tanto afán pusieron en la construcción de este monumento. Decidlo así a Galicia entera. Y vos, honorable señor Presidente de la República, llevad con el recuerdo de este acto la impresión indeleble de nuestra gratitud, de nuestra adhesión, de nuestro respetuoso afecto. Y sabed que Galicia interpreta vuestra presencia en esta fiesta cívica como prenda segura de que sus legítimas ansias tendrán ya siempre un eco, y sus demandas de libertad y de justicia un noble valedor. He dicho.

La cálida oración del Alcalde de la Coruña fué recibida también con nutridos y prolongados aplausos.

A continuación el señor Alcalá Zamora pronunció un discurso admirable de concepto y de forma, que nos complacemos en reproducir:

DISCURSO DE S. E. EL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA

Señoras y señores:
Ciudadanos todos:

Si tratándose de una figura tan excelsa nunca podría decirse que todo estaba hecho, aun después de oír las palabras admirables leídas por el señor presidente de la Academia Gallega y por el alcalde de La Coruña, representación el uno del culto que guarda y restaura la gloria y tradición gallegas, símbolo el otro del poder de la ciudad, que es orgullo de la región, yo podría afirmar que, después que ellos hablaron, no me tocaba decir nada. El deber mío estaba cumplido con asistir, admirar, escuchar y comprender. Con asistir, como representación transitoria de la nación y del Estado; en la primera para tributar homenaje a uno de sus hijos más insignes; del segundo para rendir testimonio de gracias a uno de los proféticos precursores del régimen que simbolizo. (Muy bien. Aplausos).

Sin embargo, la modestia y la bondad de los hombres que me precedieron en el uso de la palabra, quisieron de mí que algo dijera, y entonces, puesto a pensar qué podría deciros, decidí esbozar tan sólo tres pensamientos: porque Curros Enríquez puede decirse que es poeta civil, político, regional y representativo; la impresión que me ha producido, y el deber que me trazan dos de sus poesías.

Poeta civil, poeta político, poeta simbólico. ¿Por qué? Así como en lo íntimo de nuestro ser se mezclan los tejidos y en la entraña de la Naturaleza se combinan los minerales, en la esencia de la poesía, donde el género puro apenas sí puede darse sin una frialdad académica y rectilínea que lo mata, en el genio de Curros Enríquez se mezclan lo lírico y lo épico. No es él gran poeta por sus propias cualidades personales, no es por el donaire, por el atrevimiento de la ironía, no es por la bravura de la protesta, no es por lo enternecido del dolor; es porque todo eso forma el espejo de un alma individual que se abre para recibir el alma entera de la región y devolver a ella la imagen fiel hasta el más recóndito de sus detalles y la más viva de sus inquietudes. (Con una enorme ovación se acoge el párrafo). Es decir, que el hombre que quiere ser



Otro aspecto del monumento erigido a Curros en la Coruña

poeta civil o político sin tener esa sensibilidad representativa, sin ser más que el hombre pero no reflejo de la comarca, el pueblo, la región, la patria, por excelsas que sean sus condiciones, no pasará de ser el sectario, el libelista, el pendenciero, el luchador. Para ser lo que fué Curros Enríquez se necesita entregar la propia personalidad a la grandeza de la otra, apartarse el vate y que surja la región entera, y si han de surgir figuras individuales, que sean tan humildes, tan representativas como la del pobre gaitero de Penalta.

Dos poesías de Curros me han producido una enorme impresión: es la primera aquella, de ordinario amanerada, habitualmente fría, clásica y retórica, que en él es ternura, desbordamiento del alma; la introducción a sus poesías en gallego. En ella se plantea la alternativa, la duda angustiosa de si el gallego es una lengua de rincón o si será, en la ilusión de su espíritu, lengua universal. Y cuando el hombre que canta el progreso y siente la fraternidad de toda la tierra quiere resolver la antítesis que tortura su espíritu, la resuelve por medio de la hipérbole, sin la cual no habría jamás un poeta, porque la hipérbole es la pujanza de un espíritu colosal que ve las cosas más grandes que los demás, quizá porque las ve, por privilegio, tal como son. La hipérbole es la valentía de ese espíritu, que se atreve a mostrar la magnitud de su concepción ante los espíritus enanos, sin miedo al ridículo.

Pero aquella antítesis que tortura el espíritu de Curros Enríquez, me ha hecho meditar en esta alternativa: ¿es que para una lengua no hay más opción que extinguirse o llegar a ser universal? No. Y para una lengua de poesía, menos. Precisamente el secreto, el éxito del poeta es penetrar en el rincón, abrir con cuidado todos los repliegues del alma gallega y mostrarlos, y una lengua universal no tendría repliegues, no tendría fisonomía, no tendría encantos. (Grandes aplausos).

El día en que por la tierra circularan multitudes que, dejando en la curiosidad de los Museos la belleza deslumbradora de los trajes regionales, llevara la uniformidad regimentada, sin marcialidad, sin nada luminoso, sin brillo y sin lucha; el día en que la música extinguiera, en el recuerdo, la variedad infinita y santa de las canciones de comarca; el día en que fuera la música

uniforme de un clarín sin agudeza y de un tambor sin ronco son, que llamara a la humanidad al frío cumplimiento de un deber; el día en que la tierra, por prodigio de ingeniería, perdiera sus relieves, su variedad y fuera mar de arena o de verdura; el día en que la uniformidad imperase sobre la tierra, yo no sé lo que el progreso habría ganado, pero sé que habrían quedado destruídas dos cosas que me encantan: la una, España, no sólo por haberse absorbido su independencia, sino por haber arruinado esta espléndida, inconfundible variedad que es la entraña de su Historia, la esencia de su pujanza. Y la otra cosa que habría quedado destruída en la uniformidad, sería la poesía, blasón de nobleza de la Humanidad y cumbre de elevación del sentimiento.

El día en que hubiera una sola lengua por la Tierra, que supone una sola civilización, una sola historia, estranguladora de las demás, un solo pensamiento, ¿qué quedaría de la poesía? El poeta para serlo, y grande, necesitaría ser, no ya ungido de Dios, sino el enviado de Dios, como capaz de comprender la unidad total, y al sentir la voz del Creador, esta le diría, como nuevo canto para el resurgimiento de la Humanidad: «Vuelve a la variedad que yo dí al mundo, porque yo escribí con la tinta de la luz y maticé con el velo de la sombra; yo escribí en los espacios del firmamento con la variedad inmensa de los mundos giratorios o errantes, y aún me pareció que era poco y que necesitaba renovarlos; yo mismo hice hablar a la creación no con la prosodia uniforme del sonido, sino matizándola con el eco y las modulaciones de todos los vientos, porque la Creación, la Historia y el Mundo son variedades espléndidas, solo en medio de las cuales se afirma la unidad suprema». (Muy bien).

Y otra poesía que me impresiona y que casi me llama, porque, por una adivinación del poeta, llevaba una dedicatoria que a mi no me podía comprender sin usurpación, es aquella poesía que el vate dedicó a D. Emilio Castelar, cuya doble herencia, como Jefe de la República Española y como Académico de su habla, me tocó, para humillar mi modestia y recompensar mi vida, el honor abrumador de recogerla. En aquella poesía, Curros Enríquez, dirigiéndose a Castelar, le confía y le entrega los tullidos, los lisiados, los pobres, los débiles del orden moral, para que haga con ellos el

prodigio reformador que la santa ingenuidad de las madres inspira, que los santos milagros de la tradición señalan. Y aquella dedicatoria es impersonal: para Castelar, primero; para el Presidente de la República Española, después, porque al Presidente de la República Española, en cuyo advenimiento confió el poeta, está dedicada y le pide la protección para sus hermanos y para su pueblo; le pide el milagro, el milagro que él era capaz de comprender. pues si tantas veces en *O Divino Sainete* y en otras obras, parece que blasfema contra la creencia, es porque, ardiendo en el alma la llama del Evangelio, tiene siempre presente el episodio del Templo y expulsa de él a los mercaderes; y si le hubieran preguntado cuál es el milagro más grande de Cristo, hubiera dicho que el milagro más grande de Cristo es aquel en que hace partícipe a la Humanidad del privilegio que reservó para su Divina esencia; es el milagro de la Resurrección, y la Resurrección está en estas palabras: «Levántate y anda. Confía en tu propio esfuerzo, en el genio y en el empeño de tu vida». Ese es el milagro que se puede pedir a los caudillos de multitudes y Jefes de Estado. ¡Pueblo, levántate y anda! Confía en tu pujanza y en la eficacia de tu derecho, y detrás de tí, y delante, en los momentos de peligro, en quien te asegure contra todas las asechanzas, en quien te diga que no dejaste unos caciques para someterte a otros, que eres dueño de tu destino y que el porvenir es tuyo. (Grandes aplausos).

Y si ese es el único milagro que se puede pedir en lo terreno, con ser tan grande, y si eso es lo que soñaba Curros Enríquez al colocar a sus conciudadanos y a su región bajo la égida protectora de un Jefe de Estado, yo os digo: «Ese es también el 14 y el 12 de Abril de que tanto se habla; es decir, la voluntad de los pueblos de España, sea cual fuere, seguros de que en la libertad están corregidos los excesos y en la holgura solidarizados los afectos, y para ello al Jefe del Estado no le basta con respetar la voluntad del Pueblo, sino ampararla contra cualquier exceso; y si por ampararla, porque es difícil dominar a un pueblo pero fácil adueñarse de él acobardando e impresionando al que lo rige, viene la injusticia, la amenaza, el ultraje o el halago, por encima de todo, resistid pensando que el Jefe del Estado se debe al Pueblo para que éste, con la plenitud de su libertad, realice la gran obra que el

poeta soñó y a cuya consecución he de dedicar yo todos mis afanes. (Grandes y prolongados aplausos).

Al terminar el señor Alcalá Zamora su discurso, el público prorrumpió en una ovación imponente, en la que se dieron muchos vivas a España, a la República, al Presidente y a Galicia.

* * *

Entre los concurrentes fué repartido un lujoso folleto editado por esta Academia en el que, entre otros, contiene un trabajo que hace historia de la gestión del monumento inaugurado, y las poesías más conocidas de Curros.

SESIÓN CELEBRADA POR LA ACADEMIA

PARA RECIBIR AL SEÑOR ALCALÁ ZAMORA COMO ACADÉMICO DE HONOR

Terminada la solemnidad que queda reseñada, se trasladaron al Palacio Municipal el señor Presidente de la República y las personalidades que le acompañaban en su viaje, celebrándose, en el salón de actos de la Casa Consistorial, una sesión académica.

Ocupó la presidencia el señor Alcalá Zamora, quien tenía a sus lados al Presidente de la Academia señor Lugrís Freire y a los ministros señores Villalobos y del Río.

En los escaños inmediatos tomaron asiento los demás académicos de Número y los Correspondientes, y los restantes puestos fueron ocupados por las autoridades y distinguidas personas, entre las que figuraban muchas señoras y señoritas. En las tribunas públicas hallábase también mucha gente.

El Secretario de la Academia, señor Martínez Morás, dió lectura al acta de la sesión en la que se acordó rendir homenaje a los merecimientos del señor Alcalá Zamora, y de conformidad con los Estatutos y Reglamento porque se rige la Corporación, nombrarle Académico de Honor y recibirle como tal Académico en sesión extraordinaria, entregándole el título y las insignias del cargo para que ha sido elegido.

Seguidamente el señor Lugrís Freire manifiesta que la Academia Gallega siente hoy la más honda alegría por el acto que realiza en honor del primer magistrado de la nación pensando —añade— en que Galicia se halla equidistante entre el noble Portugal y la nobilísima Castilla, entre la lengua de Camoens y la lengua de Cervantes. Proclama Académico de Honor al dignísimo Presidente de la República, y termina diciendo que se siente enorgullecida la Corporación de que sea el Jefe del Estado Español el que venga a recoger este tributo que le rinden los gallegos. (Muchos aplausos).

Entre una prolongada ovación el señor Lugrís Freire entrega al señor Alcalá Zamora la medalla de la Academia Gallega y un

lujoso estuche conteniendo tres volúmenes, artísticamente encuadernados, con las obras de Curros Enríquez. Los dos presidentes se abrazan.

Luego, habló el Presidente de la República, quien hizo notar el distinto carácter del acto que acababa de efectuarse y el que se estaba celebrando.

Aquí —dijo— se honra a un hombre que en la plenitud de su existencia tuvo la fortuna de recoger la más alta magistratura de la Nación, sujeto a las críticas apasionadas; allí se honró al cantor de las ansias de una raza, que ha pasado a la posteridad, juzgado ya definitivamente con la admiración de las generaciones. El lujo y la grandeza, allí; aquí, en cambio, la modestia y la humildad.

Añadió, después de otros brillantes párrafos, que los honores que acababan de tributársele eran tan agradecidos como inmerecidos, y que no estimaba contradictoria, sino armónica, la investidura que se le otorgaba y la de Académico de la Española, y significó su comprensión para los problemas regionales, propia de un andaluz, pues Andalucía, por haber sido clave y cierre de la obra de la Edad Media, a todas las regiones comprende, respeta y ama.

En un hermoso período expuso el papel de Galicia como lazo de unión entre la cultura castellana y el occidente Atlántico, y terminó con unas frases de amor a nuestra tierra y con la expresión del deseo de que sus legítimas ansias se vean pronto colmadas dentro de los cauces legales abiertos por el régimen republicano.

Se le aplaudió con entusiasmo, y seguidamente se dió por terminado el acto.

LA GESTIÓN DEL MONUMENTO

No se pretende en estas líneas sino dar noticia del largo proceso que hasta hoy ha seguido la iniciativa de ofrendar a la memoria del gran poeta Manuel Curros Enríquez un monumento digno de su fama. Que es conveniente recordar, cuando las ideas han tomado encarnación definitiva en logradas realidades, los trabajos y dificultades con que se las encaminó a presentarse transmutadas en hecho tangible: esfuerzos y trabajos que, no por ser en mucho labor silenciosa y privada de los más fervorosos, dejan de tener derecho a que se les aluda en la oportunidad.

Proceso dilatado. Veintiséis años han transcurrido desde aquel 7 de Marzo de 1908, en que la vida de Curros Enríquez se extinguía en la Casa de salud sostenida por nuestros paisanos de la Habana. La impresión dolorosa del suceso fué enorme en toda la región y singularmente en La Coruña, que se dió cuenta de la magnitud de la figura que Galicia perdía para siempre. La Coruña, que había coronado en vida al poeta, en magna fiesta del 21 de Octubre de 1904, quiso cuatro años más tarde, cuando el cable trajo la noticia del tránsito final de aquel gran espíritu, recibir su cuerpo en sagrado depósito y enfervorizar al país para, después de rendir al cadáver honores máximos, levantar el monumento que recordase a propios y extraños el genio y la obra del poeta.

Solicitado el traslado del cadáver de la Habana a esta ciudad, el día 9 de Marzo acordaba la Academia Gallega, coincidiendo en la iniciativa con la Asociación de la Prensa, gestionar la erección de un monumento a Curros Enríquez, y los respectivos presidentes de aquellas entidades, Murguía y Casás, se ponían al habla para llevar a cabo el propósito.

El 31 de Marzo llegaba al puerto el cadáver, custodiado por el presidente del Centro Gallego de la Habana y otras personalidades de la colonia, y el 2 de Abril presenciaba nuestra ciudad y admiraba Galicia entera aquella manifestación inolvidable de todo un pueblo asociado en el tributo a su poeta, muerto a los cincuenta y siete años de edad, cuando aun la vida, si la suerte le hubiese sido propicia, pu-

diera haberle ofrecido amplio margen para desenvolver su pensamiento y verter su inspiración en obra más copiosa.

* * *

Había que poner en marcha la iniciativa del monumento, pues una triste experiencia acredita que, si no se aprovechan los momentos de vibración del sentimiento popular, es difícil lograr de las gentes contribuciones económicas indispensables a una obra de justicia, y más cuando se trata, no de exaltar en vida a una personalidad influyente capaz de otorgar favores, sino de honrar la memoria de un poeta, de un poeta que ha traspuesto las fronteras de nuestro vivir. La Asociación de la Prensa así lo comprendió y el 24 de Mayo adoptaba el acuerdo de organizar una velada necrológica, poniendo precio a los billetes de asistencia y buscando ilustres colaboraciones para darle la mayor fuerza atractiva. Se celebró el acto el 3 de Abril, con gran solemnidad, en el Teatro Principal; Alfredo Vicenti, Linares Rivas, Murguía y otras personalidades tomaron parte en aquella velada, en que se leyeron también bellas cuartillas de Segismundo Moret, glosando el *Nouturnio*. Y, en 20 del mismo mes, se entregaban por la mencionada Asociación al Ayuntamiento coruñés 2.000 pesetas, producto líquido de la velada, que eran depositadas, a nombre del Alcalde, en el Banco Español de Crédito (del que luego pasaron al de La Coruña), con destino a iniciar la suscripción para el monumento a Curros Enríquez.

Entretanto, nacía en Buenos Aires, en un grupo de meritísimos gallegos, Correspondientes de la Academia en la capital argentina, el deseo de hacer un póstumo homenaje al insigne poeta. Y el 15 de Mayo se firmaba allá un manifiesto dirigido a los emigrados en aquella nación, llamándolos a sumar sus cuotas a una suscripción para erigir en La Coruña las «Escuelas Curros Enríquez», templo de la enseñanza y glorificación perdurable de un nombre amado. Quedaba allí constituída la «Comisión Curros Enríquez» por los señores don Julio Dávila Díaz —su más decidido promotor y propulsor—, D. Adolfo Rey Ruibal, D. Leopoldo Basa, D. Martín Echegaray, D. Benigno Teijeiro, D. Bernardo Rodríguez, D. Ricardo Conde, D. Francisco Sánchez García y D. Manuel Novoa Costoya, y se recaudaban con el mencionado destino, en aquel mismo año, 16.000 pesetas, que eran remitidas a La Coruña y depositadas, a nombre de nuestro Alcalde, en el

Banco de España, del que luego pasaron al Español del Río de la Plata, a ganar un interés del 5 por 100.

Por su parte, el *Diario de la Marina,* de la Habana, iniciaba otra colecta para adquirir un monumento funerario que ofrecía el escultor Huertas y que se emplazaría en el cementerio o en los jardines de La Coruña, para ser trasladado oportunamente al grupo escolar de que se hablaba.

Prevalecía entonces la idea de asociar las necesidades docentes de La Coruña con el homenaje al poeta. Y en 5 de Junio del mismo año 1908 se reunía en nuestra ciudad una Comisión presidida por el Alcalde accidental, D. Antonio Lens, y de la que formaban parte representantes de la Academia Gallega, Asociación de la Prensa, Ayuntamiento y Academia de Bellas Artes. Acordó esta Comisión intensificar la recaudación de fondos para levantar el Grupo Escolar Curros Enríquez, en el que pudiera erigirse un monumento a la memoria del poeta. La Comisión editó una circular firmada por dos representantes de cada una de aquellas entidades, distribuída profusamente en Galicia y entre los gallegos de América, excitando a contribuir a la suscripción, para la que se ofrecían como base las 2.000 pesetas entregadas por la Asociación de la Prensa y 3.000 que el Ayuntamiento incluiría en su presupuesto.

La suscripción no dió resultado alguno en Galicia, y en Cuba y Buenos Aires se encontró la idea con la que habían puesto en ejecución la Comisión citada de la capital argentina y el *Diario de la Marina,* de la Habana.

Pasan los años y parece haber quedado en el olvido el compromiso aceptado de elevar en La Coruña el monumento al glorioso poeta civil de Galicia. De cuando en vez, surge en las columnas periodísticas un recordatorio; la popular Reunión de Artesanos, por acuerdo de una Directiva entusiasta, establece la costumbre de conmemorar anualmente la fecha del fallecimiento de Curros Enríquez con una procesión cívica y una ofrenda floral sobre la tumba del cantor gallego, que, más tarde, se amplía con análogos tributos a otros ilustres hombres cuyas cenizas reposan también en la necrópolis coruñesa.

La Academia Gallega y su entusiasta Correspondiente en Buenos Aires, D. Julio Dávila, celosísimo gestor del homenaje a Curros Enríquez, siguen ocupándose, no obstante, en procurar la unificación de ideas en honra del fundador de la Academia, y la reunión de las diversas sumas recaudadas. Y, al fin, se logra, en 1921, que las Asociaciones Protectoras de nuestra Corporación en la Habana y Buenos

Aires, de acuerdo entre sí, y también con el *Diario de la Marina*, decidan que las cantidades recaudadas en dichas ciudades se dediquen, no a un Grupo escolar —cuya edificación parecía difícil y lejana—, ni a un panteón; sino a erigir un monumento a Curros Enríquez en un paraje público de La Coruña —se piensa en principio en la plaza de Orense—, y que para ello se abra concurso entre artistas españoles, dando en todo caso plenos poderes a la Junta de gobierno de la Academia Gallega para cuanto se relacione con el asunto.

* * *

El fallecimiento del presidente de la Academia, el ilustre Murguía, distrae los cuidados de la Corporación del asunto del monumento; y, encargado de la presidencia Martínez Salazar, se le da nuevo impulso.

En 27 de Marzo de 1922, se eleva instancia al Ayuntamiento solicitando se señale emplazamiento para la obra que se proyecta. Ya están unificadas las suscripciones, y se han reunido los fondos de la Habana, Buenos Aires y La Coruña en el Banco Español del Río de la Plata, a nombre del presidente, en cuenta que devenga interés del 5 por 100, y alcanza, en 30 de Diciembre, a 50.744,45 pesetas: 4.212,35 de la Asociación de la Prensa de La Coruña; 22.820,30, de la Comisión Curros Enríquez, de Buenos Aires, y 23.711,80, de la suscripción del *Diario de la Marina*, de la Habana.

El Ayuntamiento presidido por el señor Ponte Blanco, en 27 de Abril de 1922, y el presidido por el señor Asúnsolo, en 7 de Julio, acuerdan señalar, como lugar para el monumento, una de las praderas de la ampliación del jardín de Méndez Núñez, y recomiendan que se prefiera emplear granito gallego en la construcción, que el monumento sea de magnitud y arte adecuados al preferente lugar cedido, y que se procure que en él se disponga sitio idóneo para, en su día, depositar una urna con las cenizas del poeta.

Se preparan las Bases para el Concurso de proyectos; aprovéchase la visita de distinguidos representantes del Municipio de la Habana con una excursión de gallegos allí residentes, para realizar el solemne acto de colocar la primera piedra del monumento en el paraje indicado; y la colocación se efectúa el 22 de Julio de 1923, con verdadera solemnidad.

Aquel mismo día se reciben 1.000 pesetas giradas cablegráfica-

mente desde la Habana por el conde de Rivero, para engrosar la suscripción.

Ocurre el fallecimiento del presidente de la Academia, señor Martínez Salazar, y queda de nuevo en suspenso lo referente a la construcción del monumento. Otra vez vacante la presidencia, al fallecer el señor Ponte y Blanco, prolónganse las demoras.

* * *

Al fin, el 7 de Marzo de 1927, la Junta de gobierno de la Academia, constituída por los señores Rodríguez González, Estrada y Martínez Morás, convoca al Concurso de proyectos. El 7 de Septiembre, el Jurado, compuesto por los señores marqués de Figueroa, Cabanillas, Llorens, Durán Salgado y Juan Cristóbal, da su fallo, declarando desierto el Concurso, aunque mencionando como meritorios los proyectos presentados por los señores Ferrant, Marín, González Villar y Lage.

En la misma fecha del siguiente año, coincidiendo asimismo con el aniversario de Curros Enríquez, la misma Junta de gobierno convoca al segundo Concurso, que se celebra el 11 de Agosto de 1928. Se presentan doce proyectos, y el Jurado, constituído por los señores marqués de Figueroa, Alvarez de Sotomayor, Palacios, Llorens y Rodríguez González, acuerda otorgar el primer premio a D. Francisco Asorey, el segundo, consistente en 2.000 pesetas, al proyecto de los señores Adsuara y Sala, y el tercero, de 1.000 pesetas, al de D. Mariano Izquierdo y Vivas.

Firmado con el ilustre escultor gallego Asorey el pliego de condiciones, la obra debería estar ya levantada e inaugurada hace tres años; pero dificultades y enfermedades del artista, los trámites para el cambio de emplazamiento, que estimaron necesario los técnicos, la dilatada huelga de obreros de la construcción y la misma magnitud de ésta, superior, sin duda, en su coste, a las 60.000 pesetas en que se concertó y que se fueron entregando al artista, obligaron a que se retrasara la inauguración hasta la fecha.

Y aun para lograr esto, fué necesario que el Ayuntamiento de La Coruña, con noble y generosa actitud que honra a la Corporación, y especialmente a su alcalde-presidente D. Alfredo Suárez Ferrín, acudiese a colaborar con la Academia y ayudar al artista para salvar los apremios económicos de última hora. La Academia cumplió amplia-

mente su compromiso: de las 64.000 pesetas en que se convirtieron, añadiéndoles intereses bancarios, las recaudadas para el monumento, satisfizo 3.000 de premios, pagó todos los gastos ocasionados con los dos Concursos de proyectos, y entregó las 60.000 concertadas a Asorey. A nadie podía apelar para cubrir las dificultades que el artista encontraba para cumplir su contrato, mejor que a la Excma. Corporación Municipal de La Coruña, de este pueblo que alberga hoy en lugar preferentísimo de su recinto el monumento por tanto tiempo deseado en honor al insigne poeta de Galicia.

* * *

Quede expresada en esta reseña la gratitud de la Academia al Ayuntamiento de la capital, a la Asociación de la Prensa, al grupo de gallegos de Buenos Aires presididos por el hoy Numerario de la Corporación D. Julio Dávila, al *Diario de la Marina* y a los conterráneos residentes en Cuba, así como al conde de Rivero, por el concurso que prestaron para que esta obra insigne se inaugure hoy.

Y dediquemos un recuerdo a las personalidades que pusieron entusiasmo y celo en la labor para enaltecer la memoria del poeta, y desaparecieron ya, sin haber presenciado el fruto de sus esfuerzos.

F. M. M.

LITOGRAFIA E IMPRENTA ROEL. — CORUÑA